

Rosa Ribas

Pensión Leonardo

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para Társila, que tanto quiere a Lali.
Para Celia, que tanto la quiso.*

I

—El rótulo está torcido.

La voz del hombre que acababa de entrar en la recepción me distrajo de los deberes.

Tenía razón. El rótulo que anunciaba la pensión Leonardo colgaba algo torcido sobre el marco de la puerta del edificio. El lado derecho estaba por lo menos tres centímetros más alto que el izquierdo.

Todos los huéspedes se daban cuenta en algún momento, pero también entendían que si no se había hecho nada para remediarlo, solo podía deberse a dos razones: o el dueño no podía o no le importaba. De ahí que no dijeran nada.

Y hacían bien, porque el hombre que al abrir la puerta de la recepción, en vez de saludar, le dijo a mi madre «El rótulo está torcido», no llegó a ser huésped. Mi madre le respondió que estábamos completos.

—Pues abajo pone que hay una habitación libre.

—La niña, que se olvidó de quitar el cartel.

Era lunes. Desde el miércoles de la semana anterior colgaba el cartelito de «Habitación libre. Solo caballeros».

La habitación libre era la 22, una habitación complicada.

El hombre que no llegó a ser huésped se marchó enfadado. Yo estaba en el comedor, al otro extremo del pasillo, por lo que la distancia me impidió entender sus palabras. La puerta se cerró detrás de él y todo quedó en silencio. Después escuché un suspiro de alivio de mi madre. Tenía que haberle causado un profundo

desagrado para que prefiriera dejar la habitación desocupada, ya que tenía pavor a las habitaciones vacías en la pensión. Al suspiro le siguió de inmediato una sintonía de la radio. Era la hora del serial y de la plancha.

En casa había tres aparatos de radio. Uno en la habitación de mis hermanos que, como era más espaciosa que la nuestra, hacía las veces de cuarto de planchar; otro estaba en la cocina y el tercero, el grande, en el comedor.

Mi madre cerró la puerta del cuarto de planchar, las voces de la radio llegaban amortiguadas, ininteligibles; también la suya. En Radio Barcelona, Radio Miramar o Radio Juventud ignoraban que tenían una interlocutora a la que jamás desalentó no recibir respuesta a sus comentarios. Mi madre les hablaba a los actores de los seriales, a los locutores de las noticias, a los cantantes, a los curas que daban sermones, a las mujeres que escribían cartas al consultorio la Señora Francis, a los participantes de los concursos, a la voz que leía la cartelera de espectáculos, a los niños de San Ildefonso en diciembre y a los que anunciaban chocolates, electrodomésticos o pastillas Juanola el resto del año. Cuando mi madre hablaba con la radio, las intrusiones del mundo real, entre ellas las mías, no eran bienvenidas.

Eché un vistazo al largo pasillo oscurecido por las puertas cerradas de las habitaciones. Aparté enseguida la mirada, no fuera a ser que viera algo.

Volví a mis deberes. El raspado del grafito sobre el papel se hizo más regular a medida que el texto empezó a fluir. Como era el borrador, me permití convertir las sucesiones de emes, enes, íes y úes en largos gusanos y clavar la punta del lápiz con fuerza al trazar los palos de las tes y las cus; ya me esmeraría con la caligrafía al pasarlo a pluma. «Si no se lee bien, Fuster, te bajaré la nota por mala letra».

Una hora más tarde, casi había terminado la versión en limpio de la redacción sobre los Reyes Católicos que tenía que entregar al día siguiente, entró Mercedes, mi hermana mayor. Me llevaba cinco años, estaba a punto de cumplir los diecisiete, parecía, sin embargo, que tuviera más de veinte. Incluso en mis primeros

recuerdos de ella, cuando yo tal vez tendría unos tres años y ella, por lo tanto, ocho, me parecía una adulta. Con ocho, una adulta en miniatura, pero una adulta a fin de cuentas. Los rasgos de Mercedes nunca cambian en mi memoria, como si se hubiera limitado a aumentar de tamaño con los años, mientras que su forma permanecía invariable. Siempre alta para su edad, delgada, con media melena de color castaño claro, los brazos largos, como los de mi madre, cruzados sobre el pecho y la mirada atenta, siempre alerta a los errores de construcción del mundo. Era la hija mayor y, en palabras de mis padres, la seria y responsable. Dotada de tal madurez innata, nunca la llamaron Merceditas o cualquier otro diminutivo. Bien pensado, la única a la que llamaban con un diminutivo era a mí; ni Jaime, el mayor de los cuatro, el mayor absoluto, era Jaimito o Jaumet ni Mercedes era Merche ni Bernardo, aunque fuera el pequeño, era Bernardito. En cambio yo, Eulalia, era Lali.

A Mercedes le faltaban pocos meses para acabar los estudios de Comercio en una academia ubicada en un piso en la plaza del Surtidor. Había heredado la buena cabeza de mi madre para los números y mis padres querían confiarle por completo la contabilidad de la pensión y de Comidas Luciano, el restaurante de la planta baja, en cuanto terminara la formación. Pero Mercedes no solo era buena en aritmética, sino que desde hacía unos meses parecía haber contraído una especie de hipersensibilidad geométrica. Nada más llegar, entró en el cuarto en el que mi madre planchaba la montaña de servilletas del restaurante y le dijo:

—Tenemos que enderezar de una vez por todas ese rótulo.

Pronto tendría una tarea de responsabilidad en la pensión y parecía sentir la necesidad de cambiar cosas. Desde que había empezado su último año en la academia, se había empecinado también en el odio hacia esa pequeña desviación, a pesar de que ya existía antes de que ella naciera; antes incluso del nacimiento de Jaime. Yo, que detestaba los cambios, aguardaba expectante, con la punta del plumín en el aire, la réplica de mi madre:

—Nadie se da cuenta —le respondió.

Era evidente que no le iba a contar que acaba de rechazar a un posible huésped porque sí lo había notado.

—Hace daño a la vista.

—No exageres.

—Hay que decirle a papá que ya es hora de que lo arregle. Jaime podría ayudar.

Esa conversación se repetía con cierta regularidad, y mi madre había desarrollado diferentes estrategias para evitar que Mercedes le mencionara el rótulo a mi padre.

Unas veces recurría a la nimiedad del asunto:

—No vamos a perder el tiempo con esa tontería con todo lo que hay que hacer.

Otras, apelaba a la inoportunidad:

—Déjalo tranquilo, está revisando las cuentas.

Dado que Mercedes también había heredado de mi madre el miedo a que algún día los números nos dejaran en la calle, las cuentas solían ser un argumento infalible. Se trataba, con todo, de un argumento circunstancial, ya que mi padre no las revisaba al ritmo de la percepción de la falta de paralelismo que tanto la molestaba.

En esa ocasión, a mediados de enero, no tocaba y mi madre tuvo que emplear la razón más contundente:

—¿Cómo quieres que lo pusiera recto con un solo ojo? Bastante hizo ya, el pobre.

A esto Mercedes no tenía réplica. La escuché murmurar algo entre dientes mientras dejaba la chaqueta en la habitación que compartíamos. No presté atención a sus palabras. Moje el plumín en el tintero y copié las últimas frases con esmerada caligrafía. Mi madre, insalvable dique de contención, volvió a la plancha. El rótulo estaba torcido. Sí. ¿Y qué? Lo había colgado él y tenía solo un ojo.

Pero no era tuerto. Esa era una palabra que no toleraba. Una palabra fea, dura. Sobre todo cuando la pronunciaban despacio, sin diptongo: tu-er-to. ¿Qué costaba escoger palabras más agradables de pronunciar, con más des, con más eles? No. Tuerto, cojo, manco. Palabras que no solo eran objetivamente feas, sino que se pronunciaban con mala intención, como insultos. O mucho peor, con pena, algo que me resultaba insoportable. Mi padre no podía dar pena.

Mi padre no era tuerto. A mi padre le faltaba un ojo.

Le faltaba el ojo izquierdo porque lo había perdido en la guerra. «En el frente del Ebro». Entonces no sabía muy bien qué significaba, pero sí que había que bajar la voz al decirlo, ya que por lo visto había estado en la orilla equivocada. Era, además, una parte de la historia de mi padre que quedó para siempre a oscuras, pues nunca nos contó cómo lo hirieron. Parecía que su vida hubiera empezado en el momento en que despertó en un hospital de campaña en el frente del Ebro con la cabeza vendada y la cuenca del ojo izquierdo vacía. Tampoco nos contó jamás qué hacía antes de la guerra. De él no teníamos anécdotas de la escuela ni nombres de amigos de la infancia ni verbenas y novias de la juventud. No sabíamos a qué había jugado ni si había ranas o lagartijas en su pueblo; si había tenido un perro o una bicicleta; si le enseñó a leer un maestro o una maestra. Si tenía un cuarto para él solo o lo compartió con algún hermano; si ese cuarto tenía ventana y si daba a un río, a un bosque, a una calle. No sabíamos nada de lo que había visto cuando aún tenía dos ojos. Para nosotros su historia empezaba en el momento en que un médico le dijo que había perdido el ojo izquierdo.

Después perdió la guerra. En el penal de Ocaña, casi la vida y varios dientes. Finalmente, seis años y tres simulacros de fusilamiento más tarde, lo soltaron en julio de 1945. Tenía veintisiete años.

Mi padre era de un pueblo del interior de Alicante. Pero, como tantos otros, empezó una nueva vida en Barcelona, adonde llegó con un Fiat 1100.

— ¿De dónde sacaste el coche, papá?

— Me lo regalaron.

— ¿Un amigo del pueblo?

— ¿Por qué dices eso, Lali?

— Porque tenía matrícula de Alicante.

— ¿Has terminado los deberes?

El Fiat dio su última vuelta antes de que yo naciera. Una fotografía enmarcada presidía el mostrador de la recepción de la pensión. En otros negocios se encomendaban a una imagen de Nuestra Señora del Mar o de la Virgen del Carmen, nosotros a un Fiat 1100 verde y negro. Mi padre se retrató con él cuando el mecánico le dijo que cualquier reparación sería inútil. El

Fiat, sólido y venerable como un abuelo, aparecía algo ladeado en la imagen, con los dos faros mirando hacia la cámara. Los parachoques delanteros, el marco de la enorme parrilla, los dos guardabarros abombados brillaban pulidos, debajo, la matrícula, A 6427, blanquísima. Dentro, mi padre, como Jonás en el interior de la ballena salvadora que lo había dejado varado en Barcelona, con su único traje, bien peinado y me imagino que incluso recién afeitado, con las manos al volante; un hombre de treinta años con un hijo y esperando el segundo.

Si el coche era una especie de abuelo, la maleta de cartón de mi padre era una de esas tías o primas monjas encerradas en algún convento perdido de Extremadura. Mi padre nunca más salió de Barcelona, de modo que la maleta quedó recluida en el fondo del armario de su dormitorio, retirada para siempre después de un último viaje.

Al llegar a Barcelona, mi padre se alojó en una pensión cerca de Las Ramblas. Como él, los otros huéspedes habían abandonado sus pueblos y ciudades para buscarse la vida allí. Cada vez eran más. Huyendo del hambre, desertores del rocío, del calor, de los mosquitos, de la labranza, venían en trenes, en autobuses, algunos incluso en carros. Solos o en familia. Con maletas de cartón, de madera, de cuero los menos, muchos con meros hatillos, y mi padre se dijo que esa gente necesitaría lo mismo que él deseaba sin encontrarlo en sus primeros días en la ciudad: un cuarto con luz, una cama limpia y una buena comida caliente en la mesa por poco dinero. Tuvo entonces la idea de abrir una pensión.

Yo no sabía qué profesión tenía antes de la guerra, no nos lo había contado tampoco. Buscaba indicios en algunos de sus gestos. Si al hacer las cuentas se ponía el lápiz sobre la oreja, pensaba que había sido carpintero. Pero también observé que los perros le mostraban un gran respeto, como a los pastores. Nunca vi que ninguno le ladrara o gruñera, ni los callejeros ni los asilvestrados que corrían por la montaña de Montjuïc, ni siquiera el malhumorado mastín parduzco que hacía guardia tumbado delante del estanco. Mi padre no les prestaba apenas atención; los perros, en cambio, agachaban un poco la cabeza a su paso, como si le hicieran una reverencia. Pastor, pues.

O tal vez hubiera empezado a estudiar y la guerra no le dejó acabar la carrera. Medicina. Porque, cuando alguno de nosotros enfermaba, siempre sabía lo que era antes de que nos viera el médico. Antes incluso que mi madre, quien para mí poseía el conocimiento infuso que todas las madres tienen sobre la salud de sus hijos.

Médico frustrado, o tal vez ingeniero, o abogado. Quizá todo lo contrario, un oficio más humilde, albañil o tendero... No había sido cocinero, ya que a cocinar aprendió más tarde, gracias a Luciano. No tenía más que conjeturas; él nunca hablaba de esa parte de su pasado. Tampoco si se lo preguntaba:

— ¿Ya habías trabajado antes en una pensión en tu pueblo?

— ¿Por qué no vas a echarle una mano a tu madre?

— Ya hemos terminado de hacer las camas.

— Pues toma, dos duros y ve al quiosco a recoger los periódicos para el bar, que hoy el repartidor no ha pasado.

Yo era la única que lo hacía. Mis hermanos mayores habían asumido que nuestra historia familiar tenía raíces superficiales; Bernardo, era demasiado pequeño, tenía otras inquietudes.

Ignoraba, pues, qué oficio le robó la guerra. En su nueva ciudad decidió abrir y regentar una pensión.

Recorrió las calles de Barcelona durante varias semanas hasta que dio con un inmueble adecuado, en el lado del sol de la calle Magallanes, en el Poble Sec, un sencillito barrio de trabajadores, al pie de la montaña de Montjuïc, relativamente cerca del mar y pegado al Paralelo, donde los hombres que se alojaban en la pensión podrían encontrar diversiones y, con solo cruzarlo y entrar en las callejuelas del Barrio Chino, compañía, aunque fuera de pago. Mi padre sabía mucho de soledades.

El Poble Sec no tenía la humedad de la Barceloneta ni las estrecheces de La Ribera ni la vileza del Barrio Chino. Sants también era un barrio de trabajadores, pero sin mar ni montaña. El Ensanche, con sus amplias calles en cuadrícula, creo que lo desorientaba y el norte de Barcelona, tan lejos del mar, quedó para él como una zona inexistente por ignota.

Compró el inmueble y lo arregló.

—¿Cómo es que tenías tanto dinero? ¿De dónde lo sacaste?

—¿Has hecho los deberes, Lali?

—Sí.

—Pues acércate a ver si Luciano necesita ayuda.

Nunca logré ni siquiera sonsacarle un indicio al respecto. La pregunta se repetía, el repertorio de evasivas en algún momento también.

Lo que en cambio contaba con orgullo era que encargó camas sólidas en una tienda de muebles del barrio. El dueño de la tienda era Ignacio Costafreda, el padre de Julia, la que algunos años más tarde sería mi mejor amiga.

Cuando Nicolás Fuster, el nuevo cliente, salió de su almacén de muebles, ambos estaban todavía solteros pero, además de ocho camas individuales, mi padre le acababa de encargarse una cama de matrimonio.

Para las camas compró colchones dispuestos a amoldarse a todos los pesos y formas de dormir. Colchones nuevos sobre los que, al contrario que en la pensión donde se había alojado a su llegada, no se hubiera muerto nadie.

En cada habitación puso un armario ropero de dos puertas, una mesita de noche, una mesa y una silla para que los huéspedes pudieran escribir cartas a sus familias.

En las pensiones, como en los hoteles, se está de paso, pero las pensiones pueden ser engañosas por su ilusión de proximidad. En muchas se comparte el piso con los dueños y se come con ellos alrededor de mesas que, gracias a los relatos de mi padre, siempre estarán insuficientemente iluminadas por lámparas, la mitad de cuyas bombillas se habían aflojado para no gastar. O tal vez para que los huéspedes no vieran transparentarse los dibujitos en el fondo de los platos de loza, aunque estuvieran llenos de sopa o potaje. En las pensiones se come como en una familia, se trata, sin embargo, de una parentela falaz. En realidad, la omnipresencia de los propietarios es un recordatorio perenne de la transitoriedad del huésped, incluso del huésped fijo. Le están diciendo todo el tiempo «este es mi comedor», «estás usando mi baño», «estás durmiendo en mis sábanas». Al contrario que sus futuros huéspedes, mi padre no pensaba moverse nunca más de

allí, por otra parte, conocía demasiado bien el desarraigo y no quería que la presencia del patrón les recordara que no estaban en su casa, por más que fuera cierto. Por eso no los obligó a convivir con él ni se condenó a sí mismo a convivir con ellos. Reservó la primera planta del inmueble para la vivienda de la familia que quería fundar. Las otras dos albergaban las habitaciones de los huéspedes. Cuatro por piso. En cada planta puso un servicio y un cuarto de baño con ducha de plato.

En la vivienda, en cambio, hizo instalar una bañera para los hijos que esperaba tener.

—Porque a los niños les gusta bañarse.

Como si invocara nuestro nacimiento ofreciéndonos agua caliente y limpia con espuma y un barquito para jugar.

Acertó. Sobre todo con Bernardo, a quien mi madre a duras penas podía sacar de la bañera. Ese fue un lujo que siempre nos concedieron, el baño semanal. Y, al contrario que en otras familias, no teníamos que bañarnos uno detrás de otro sin cambiar el agua. Cada hijo tenía derecho a un baño con agua limpia.

Una vez finalizaron las obras en el edificio y llegaron las camas y los otros muebles, escribió a la que antes de la guerra había sido su novia. Fueron dos cartas.

La primera era muy breve, casi un telegrama: «Querida Matilde: ¿Te has casado? Nicolás». La respuesta fue un simple: «No». Podía interpretarse de muchas formas diferentes. Mi padre se quedó con lo esencial, que había respondido, lo que él interpretó acertadamente como que lo había estado esperando.

La siguiente carta a mi madre era muy extensa, diez páginas de letra pequeña apurando el papel hasta casi teñirlo por completo de tinta, en las que le contaba sus vivencias durante la guerra y el cautiverio y sus planes para el futuro. Contenía también una petición de matrimonio escondida detrás de las palabras «solo me faltaría una persona que se encargara de la intendencia». Mi madre nunca fue muy dada a romanticismos. Aceptó con otra nota anunciándole el día y la hora de su llegada a la estación de Francia.

—Se hizo la interesante. Me tuvo esperando más de un mes —bromeaba mi padre.

—Ya estás otra vez con esa historia —decía ella.

—Es que tenía muchas ganas de volver a verte. Y de que tú me vieras tan guapo —respondía él señalando el parche que cubría su cuenca izquierda.

—Qué más daba un mes arriba o abajo con todo lo que habíamos esperado —trataba de atajar mi madre.

Él seguía un poco más. Ella ya no replicaba y dejaba que la narración siguiera su curso inalterable, de historia contada en muchas ocasiones, desde las veces que había leído su nota para comprobar la fecha y la hora, hasta la larga espera ansiosa en la estación pues, fiel a su costumbre, mi padre llegó demasiado pronto y, por el contrario, el tren sufrió un retraso considerable.

—Pero por fin apareció. Un mes. ¿Qué digo? Más de un mes esperando.

Por algún motivo esa historia a mi madre la entristecía. Durante mucho tiempo creí que era porque lamentaba esa demora, cuyas razones ni siquiera mi padre parecía entender.

Las sábanas para las ocho camas sencillas y la cama doble las compraron juntos.

—Nuestro primer paseo por Barcelona fue para ir a la Casa de las Mantas en la calle Junqueras.

Nos contaba mi padre, con el embeleso del relato de un paseo junto al mar a la luz de la luna. Porque el romántico, por más que la carta pudiera dar la impresión contraria, era mi padre. Basta con saber la razón por la que la pensión no se llamaba «Pensión Nicolás» o «Pensión Matilde». En realidad, él habría querido que se llamara «La Gioconda». En el penal le robaron la chaqueta y con ella la única foto que tenía de su novia, la sustituyó entonces por una imagen de la Gioconda arrancada de una revista en un descuido de uno de los mandos. Podría haberle costado caro. Por menos mandaban fusilar a los presos. «Pero es que era ella». Tenía razón. Mi madre tenía la misma mirada y la sonrisa distante de la Gioconda.

«Pensión Gioconda». En el registro comercial no aceptaron ese nombre extranjero y él temió que «Mona Lisa» más bien despertara las chanzas de huéspedes poco instruidos, como suponía que iban a ser la mayoría de los que ocuparían las habitaciones.

Por eso finalmente la pensión se llamó «Leonardo». Pensión Leonardo.

Allí nació, allí pasé los primeros diecinueve años de mi vida. Cuando los rememoro, reaparecen con nitidez las caras y los nombres de muchos de los huéspedes que ocuparon sus habitaciones.

Habitación 21: Manuel Roldán, de Roquetas de Mar; Saturnino Nieto, de Astorga; Ángel Soler, de Belchite; Pedro Aguilar, de Monforte de Lemos... Y Teresa, la única mujer que se alojó en la pensión.

Habitación 22: José Manuel Sánchez, de Yeste; Alfredo Arenas, de Palma del Río; Carlos Serret, de Valderrobres; Obdulio Serrahima, de Tárrega; Daniel Menéndez, de Avilés; Fernando Narvajas, de Zaragoza...

Habitación 23: Serafín Hierro, de Badajoz; Francisco Montes, de Soria; Roberto Pareja, un belga de Segovia...

La 33 está y estará siempre ocupada por Eladio Nin, el último huésped fijo, el único que murió en una habitación de Pensión Leonardo. Fue en 1992, después mi padre cerró.

La última era la habitación 34. Desearía también que el único nombre al que pudiera asociarla fuera el del gran Juan Zunzunegui, tan añorado. Sin embargo, otra presencia reclama su lugar, una sombra que quedó planeando para siempre dentro de la memoria que conservo de ese cuarto, en el tercer piso, el último al fondo del pasillo.

En el otro extremo del territorio que conformaba Pensión Leonardo estoy de nuevo yo con doce años sentada en el escalón de entrada del edificio, vestida con mi sempiterno pichi de cuadritos marrones del que sobresalen las mangas y el cuello alto de un jersey amarillo, el pelo recogido en una coleta y el flequillo que mi madre recortaba cada dos viernes para que siempre estuviera recto. En enero de 1965, pocos días después de que un hombre no llegara a ser huésped porque aludió al rótulo torcido que colgaba sobre mi cabeza; poco antes de mi último fin de semana con Julia.